

ACAECIMIENTOS DE UN DIARIO DE NAVEGACIÓN

CARTA-PRÓLOGO

Sr. D. Julián de Salazar.

Mi distinguido amigo: Se ha empeñado usted en que yo examine la relación de sus interesantes acaecimientos marítimos, que se propone usted dar á la estampa, y le diga después el juicio que de ella he formado; y aunque el empeño —dichosea en honor á la verdad— me parece un tanto singular, yo no sé resistirme á una insinuación como la de usted, que, sobre favorecerme en demasía, me presta ocasión adecuada para expresar en voz alta los sentimientos de ferviente admiración que despiertan en mí las calladas y heroicas odiseas de nuestros marinos, de muchos de los cuales se puede decir, sin faltar á la más estricta justicia, que si no encontraron poetas que enalteciesen su nombre, y le colocasen á par del de los personajes épicos de más relieve, no fué ciertamente porque ellos no dejasen abundante materia para ello, sino porque faltó quien la arrancase de la cantera.

Siempre fué el mar Cantábrico, con razón llamado tenebroso por los antiguos, escuela incomparable de valor y de heroísmo. Aquella afirmación, que ha pasado á ser proverbial, de que los bascongados, si largos para realizar memorables hazañas, fueron cortos para referirlas, tiene especial aplicación á las empresas de nuestros hombres de mar; pues muchas de ellas, con ser asombrosas, han quedado sepultadas para siempre en los limbos de la historia, sin que nadie pueda ser osado á levantar la losa pesadísima del olvido que sobre ellas cayó.

Y la culpa de tal olvido y de tal abandono, es en gran parte de los marinos mismos, que no han cuidado nunca de transmitir á la posteridad la relación de sus hechos más notables, aunque no sea más que para servir de estímulo á las generaciones que están por venir, las cuales pudieran encontrar en esas narraciones, no sólo delectación para

el espíritu, sino también lecciones provechosas y enseñanzas fecundas de que quizá se vieran necesitadas en la accidentada y azarosa vida del hombre de mar.

Basta esta consideración para aplaudir desde luego el pensamiento nobilísimo que ha animado á usted, al dar á las prensas, *corregido aumentado*, lo que como celoso y entusiasta marino, cumplidor fiel de sus deberes, fué usted consignando en sus *Diarios de navegación*. Seguramente han de agradecerle tal intento los marinos; porque yo, que no lo soy, aunque tenga por título de honor el ser hijo de quien lo fué, he leído con interés creciente los capítulos de que consta su libro, en el cual veo retratada el alma de usted, de tal suerte, que al recorrer las cuartillas, me hacía la ilusión de que le estaba oyendo hablar. «Oírle era leerle: leerle es estarle oyendo», decía un gran crítico francés, alabando á uno de los más famosos poetas del siglo XIX; y en estas sencillísimas palabras ponía de resalto lo que vale y significa la sinceridad en las obras literarias. Y la de usted la atesora en alto grado; y por ello tiene una virtud comunicativa y generosa, que en vano pretenden los libros que no han nacido del corazón, por grandes, por extraordinarios que sean los recursos técnicos que se empleen para suplir ese vacío. No de hoy, de hace algunos años está en mí arraigada la convicción de que la sinceridad es condición capitalísima de toda obra que se lance al público. En papeles míos que tienen más de un lustro de fecha, afirmaba yo, y repito ahora, que lo que debe preocuparnos es el recto sentir, es decir, que debemos poner todo nuestro empeño en no abrigar sentimiento alguno menos noble; pero si sentimos bien, si sentimos de una manera decorosa y digna, ¿por qué hemos de tener reparo en la expresión? Sea esta franca, sea esta sincera: tanto más casto es el espíritu cuanto más desnudo está, esto es, cuanto menos se envuelva en cendales de impura y corrompida materia.

Por esa frescura y sinceridad que se percibe en todos y cada uno de los pasajes de su libro, habrá éste de hallar benévola acogida entre los que deben leerle, que son: en primer término, los marinos, así activos como pasivos; y en segundo, los que, sin serlo, nos sentimos fascinados por el heroísmo silencioso y modesto del hombre de mar, y no acertamos á ponderar la admiración que nos causa aquella resignación serena, aquel valor nada arrogante y ostentoso con que á cada momento pone en peligro su vida, y ejecuta las más estupendas ac-

ciones. como quien cumple sencillamente un deber, sin opción á más gloria ni más recompensa que la satisfacción de la propia conciencia.

La aplicación del vapor á la navegación, que ha modificado radicalmente las condiciones de la vida marítima, disminuyendo, en bien de la humanidad, los peligros á que de continuo se veía expuesto el que cruzaba el Océano, viene á aumentar el interés de las descripciones de viajes hechos en buques de vela. Y por eso he leído con especial encanto la primera parte del libro de usted, porque por muy grande que sea el entusiasmo con que miremos los progresos que los modernos descubrimientos físicos han introducido en la locomoción marítima, no cabe negar que pierde la náutica todo lo que la mecánica gana con estos adelantos que yo soy el primero en celebrar y aplaudir calurosamente. Cada vez ha de saber el náutico más de máquinas y menos de vientos; y creo como usted, amigo Salazar, que mejor se avienen la poesía y el arte con la caprichosa irregularidad de los vientos que con la acompasada regularidad de las máquinas. ¿Y quién habrá que no lleve escondido en algún rinconcito de su alma una migaja de poesía que se muestre cuando y donde menos lo piense? Por eso, somos tantos los que, sin perjuicio de aceptar con ardoroso entusiasmo los progresos que han nacido de la aplicación del vapor á la navegación, contemplamos con cierta indefinible mezcla de placer y de tristeza la desaparición de los buques de vela, cuya gallardía sobre los mares, cuando á todo trapo van cortando airosamente las aguas, produce en el ánimo del espectador, si éste no tiene cerrados herméticamente los ojos del alma, apacible emoción estética. Y que esto es así, lo prueba el que haya todavía navieros opulentos que puestos á adquirir buques para su recreo, los adquieren de vela, no obstante las comodidades que ofrecen los barcos de vapor.

No es esto decir, en modo alguno, que no me haya interesado aquella parte de su libro que trata de los viajes hechos en buques de vapor, sino que me ha impresionado más profundamente aquella otra que se refiere al tiempo en que navegó usted en barcos de vela; y á esta impresión mía habrá contribuido acaso la secreta y misteriosa simpatía con que vemos siempre todo aquello que desaparece después de haber gozado de la vida o de sus apariencias, y se presenta á nuestra imaginación envuelto en la aureola poética en que se envuelven las ruinas.

Indudable es que cada día disminuye el número y la impor-

tancia de los buques de vela. Sólo por eso mismo, parece que no podemos contemplar impasibles su desaparición, aun sin tener en cuenta que, siendo mucho más arduas las dificultades que ha de vencer el marino que navega en buques de vela, que las que se oponen al que surca los mares en barcos de vapor, más grande ha de aparecer su figura á los ojos de quien la contempla y más honda ha de ser la admiración que produzca la consideración de sus hechos, como ejercicio más arriesgado y combatido, y por lo tanto más glorioso, de la libre actividad del espíritu. ¿Y qué escena puede haber más intensa y vigorosamente poética, que la que nace de la lucha entre las fuerzas ciegas y fatales de la Naturaleza, pocas veces más imponentes que cuando se nos muestran á través del Océano enfurecido, y el libre empuje de la voluntad humana que se agiganta ante la contrariedad? De ahí que, por ese instinto certero que ilumina al hombre con la antorcha del sentido común, jamás le ocurra á nadie cuando se trata del *sport* náutico, anunciar, por ejemplo, para amenizar las fiestas de una población marítima, unas regatas á vapor, sino á remo ó á vela; porque, naturalmente, lo que se pretende con estos espectáculos no es medir la potencia de las máquinas de vapor que dan movimiento á los buques que en ellos toman parte, sino la habilidad y destreza de quien los guía, y el acierto con que sabe, ora aprovecharse del brío y resistencia de los remeros que lleva bajo su dirección, ora sortear las dificultades con que el viento y la mar se oponen al feliz logro de sus propósitos.

A todo esto, voy observando que mi carta se convierte insensiblemente en una apología de los buques de vela, y es menester cambiar de rumbo, y poner proa a cierra, para ganar puerto cuanto antes y no verme expuesto á la necesidad de capear un temporal en alta mar, sin saber siquiera calcular la altura meridiana del sol, ni fijar, por tanto, la situación del buque.

Pero antes de dar fondo, lícito ha de serme aprovechar lo bonancible del tiempo, y el inestimable favor de la brisa que, hinchendo generosa las velas, me lleva sin esfuerzo ninguno de mi parte, al puerto seguro del silencio de donde jamás debí salir—á no ser que exculparan mi atrevimiento, generosos entusiasmos engendrados por la amistad que á usted profeso—y al arrullo de esa brisa que suscita rumores indefinibles, que á ninguno de los de tierra se parecen, traer á la memoria los ratos de dulce y purísimo placer que me ha propor-

cionado la lectura de sus cuartillas, merced á las cuales he viajado en espíritu á través del Océano, he sentido la influencia de las espesas brumas inglesas y el ardor de los rayos del sol de los trópicos, he celebrado con alma y vida los humanitarios esfuerzos de la Sociedad de Salvamentos marítimos, noblemente empeñada en preservar de la muerte á los que tuvieron la desgracia de naufragar en las costas españolas, he recordado en el mar de las Antillas la epopeya sublime que llevaron á cabo Colón y sus sucesores, y he meditado en silencio en el peñón de Santa Elena, considerando la estrechez á que en sus últimos años se vió reducido el *uom fatale*, para cuya ambición nada valían los imperios de Europa, y de quien con razón pudo decir el poeta que al recibir la noticia de su muerte quedó la tierra atónita, dudando que ningun otro hombre pudiese dejar en los fastos bélicos una huella que se igualara con la suya.

Si yo al leerle he sentido todo esto que le digo, ¡qué no habrá usted sentido al escribirlo, y evocar de nuevo, embellecidas por las lejanías de la perspectiva, memorias de la juventud que cada vez han de parecerle más caras é inolvidables! A juzgar por lo que á mí me ha ocurrido, honda tuvo que ser la emoción que usted experimentó cuando trasladó al papel, con el vigor y lozanía de quien vuelve á vivirlo, el recuerdo de aquella dulce y poética Navidad, que, lejos de los suyos, pero con el corazón fijo en ellos, pasó usted á bordo del *Paquete de la Guaira*, renovando en lo posible el clásico *Gabon* de la tierra bascongada, y trasportándose á ella con el pensamiento, ya que corporalmente le fuera imposible hacerlo.

Recuerdos como ese, por fuerza han de ser imborrables. Por eso comprendo yo que, á pesar de los temores que le infundía su modestia al proponerse dar á la publicidad su libro, tuviera usted un goce íntimo y delicado en recoger todas esas memorias fugaces y dispersas de lo mejor y más florido de su vida, y satisfacer de esa manera una de las necesidades más apremiantes del corazón.

Bien ha hecho usted en ello, y seguramente serán de esta opinión muchos marinos que, aun habiendo pasado á la categoría de *terrestres*, no aciertan á apartar sus ojos del Océano, y á todas horas le contemplan con una especie de delectación amorosa, que tiene no poca semejanza con la influencia misteriosa que ejercían las aguas sobre el pescador de la célebre balada de Goethe, tan magistralmente vertida al castellano por el insigne traductor valenciano Teodoro Llorente. ¡Cuán-

tos de ellos, al leer la relación de sus viajes, habrán de agradecer á usted en sus adentros el placer que les proporciona, aunque muchos de ellos no se lo manifiesten de palabra!

¡Lástima grande que yo no tenga título ninguno para ostentar la representación de esa honrada y nobilísima clase! Pero ya que eso no sea posible, quiero tener, cuando menos, el placer de ser el primero que dé á usted la enhorabuena por la obra que va á salir de las prensas, y asegurarle que no recibirá parabién ninguno que sea más sincero ni más entusiasta que el de su afectísimo amigo y seguro servidor
q. l. b. l. m.

CARMELO DE ECHEGARAY.

UNA FIESTA BENÉFICA



Precioso concierto el celebrado el 17 del corriente en el Teatro del Circo, á beneficio de nuestros hermanos perjudicados por el horroroso incendio de Rueda.

Lo más distinguido de la colonia veraniega y de *Donostía* ocupaba las localidades de preferencia, y allá arriba, una gran masa del pueblo, siempre noble y generoso, que responde como nadie á las excitaciones de la caridad.

SS. MM. y AA. RR., con su alta servidumbre, el cuarto militar, el ministro de jornada y las autoridades lucían en los primeros palcos de la izquierda del escenario.

La inimitable diva Regina Paccini, el prodigioso Sarasate, y la orquesta del Casino dirigida con singular acierto por el maestro Goñi, obtuvieron los más delirantes y merecidos aplausos del público que llenaba literalmente el local.

¡Cuán grato es considerar que esas notas del divino arte repercuten á estas horas en aquellos sitios de desolación y ruina, desde donde fueron imploradas!

El consuelo junto al dolor: suprimid estas dos notas y habreis privado á la música de sus más delicados aromas.